

Adam Smith y su *Teoría de los sentimientos morales*

Introducción

Al conmemorar el tricentenario del nacimiento de Adam Smith, es importante recordar que no sólo fue autor de la justamente célebre obra conocida como *La riqueza de las naciones*, publicada en 1776. Diez y siete años antes, en 1759, Smith había publicado su primera obra importante, *La teoría de los sentimientos morales*.

Los dos libros, por supuesto, versan sobre temas diferentes, y al pasar de uno a otro se perciben naturalmente algunos matices nuevos y cierto cambio de orientación. Algunos comentaristas, sin embargo, exageraron las diferencias entre las dos obras, llegando a considerarlas como evidencia de un cambio en el pensamiento de Smith, cambio que tuvo lugar, presumiblemente, durante ese período de 1759 a 1776. Algunos académicos alemanes del siglo XIX incluso acuñaron la expresión “das Adam Smith-Problem” para denotar el aparente conflicto entre las dos obras —es decir, cómo reconciliar el hecho de que en la primera obra se enfatiza el papel de la “simpatía” como base de la moralidad, mientras que en *La riqueza de las naciones* se enfatiza el “interés personal” como elemento motivador de la conducta económica.

Publicado originalmente en *Laissez-Faire*, No. 58-59 (Marzo-Sept 2023): 29-36.

Una de las “reconciliaciones” más peculiares fue la *Umschwungstheorie*, propuesta por Witold von Skarżyński, quien planteó la hipótesis de que hubo un “vuelco” en el pensamiento de Smith como consecuencia de su contacto con pensadores franceses durante los meses que vivió en París en el año 1766.¹ Ska-

¹Adam Smith als Moralphilosoph und Schoepfer der Nationaloekonomie: Ein Beitrag zur Geschichte der Nationaloekonomie (Berlin: Verlag von Theobald Grieben, 1878). La monografía de Skarżyński es la discusión más extensa de la teoría del “vuelco”, aunque versiones preliminares de la misma ya habían sido planteadas por Karl Knies (1853) y por Lujo Brentano (1877). Leonidas Montes, “Das Adam Smith Problem: Its Origins, the Stages of the Current Debate, and One Implication for Our Understanding of Sympathy”, *Journal of the History of Economic Thought*, 25 (1) (March 2003): 63–90, proporciona una revisión muy actualizada de la literatura sobre “das Adam Smith-Problem”. Cabe mencionar que la expresión fue acuñada en 1898 por August Oncken, pero no para criticar a Smith sino, al contrario, para defenderlo de la imputación de inconsistencia entre sus dos libros más importantes (“Das Adam Smith-Problem”, *Zeitschrift für Socialwissenschaft*, ed. Julius Wolf, I. Jahrgang [1898]: 25-33, 101-8, 276–87; agradezco a mi amigo Federico Salazar Bustamante por sus valiosas aclaraciones a este respecto). Sobre el tiempo que vivió Smith en Francia en calidad de tutor-acompañante del Duque de Buccleuch (1764-1766) véase E. G. West, *Adam Smith: El hombre y sus obras* (Madrid: Unión Editorial, 1989), Cap. X, pp. 139-62.

rzyński en todo caso cuestionaba la originalidad del pensamiento smithiano ya que, según su interpretación, la filosofía moral de Adam Smith provenía de David Hume y Francis Hutcheson, mientras que casi todas sus ideas económicas provenían de los fisiócratas franceses.

Desafortunadamente para esta interpretación, el descubrimiento en 1895 de los apuntes, tomados por un estudiante, de las conferencias sobre jurisprudencia dictadas por Smith en la Universidad de Glasgow durante la sesión de 1763 (es decir, *antes* de su viaje a Francia) demostró claramente que la mayor parte de sus ideas económicas ya estaban formadas y articuladas antes de su contacto con los economistas franceses.² Es por tanto im-

²Esto recibió confirmación adicional con el descubrimiento de un segundo juego de apuntes correspondiente a la sesión de 1762. Con relación al primer juego de apuntes, fue el economista Edwin Cannan quien se enteró de la existencia, en manos de un abogado de Edimburgo, de un manuscrito que identificó como los elementos de un curso sobre jurisprudencia dictado por Smith poco antes de su viaje a Francia. Cannan editó estos apuntes y los publicó bajo el título de *Lectures on Justice, Police, Revenue and Arms, delivered in the University of Glasgow by Adam Smith* (Oxford: Clarendon Press, 1896). Dos juegos adicionales de apuntes de clase fueron descubiertos por John M. Lothian en 1958. Uno de estos correspondía a un curso de retórica y letras, dictado por Smith en Glasgow en la sesión de 1762-63, los cuales fueron editados y publicados por Lothian bajo el título *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (Londres: Nelson, 1963). El segundo juego de apuntes, correspondiente al curso de jurisprudencia dictado durante la misma sesión, no fue publicado sino hasta 1978, como parte de la *Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*, vol. 5, *Lectures on Jurisprudence* (Oxford: Oxford University Press, 1978).

posible argumentar que el supuesto “vuelco” se produjo como consecuencia del viaje francés. En todo caso, la base misma de la *Umschwungstheorie* fue siempre débil, ya que una lectura más cuidadosa de los dos libros muestra que no son realmente contradictorios sino complementarios.

“Simpatía” smithiana

Es posible que parte de la confusión se deba a una mala interpretación del término “simpatía”, que en la obra de Smith no es sinónimo de benevolencia o altruismo, y tampoco es incompatible con el importante papel que Smith asignaba—en ambas obras—al interés personal como motivo determinante de la conducta individual. Tampoco es la simpatía, en la concepción de Smith, mera “lástima” o simpatía con los sufrimientos de los demás. Más bien, la “simpatía” a la que alude Smith se presenta cada vez que un individuo, al observar la conducta de otras personas e inferir los sentimientos que al parecer la motivan, se imagina él mismo en la situación de la persona observada:

Como carecemos de la experiencia inmediata de lo que sienten las otras personas, no podemos hacernos ninguna idea de la manera en que se ven afectadas, salvo que pensemos cómo nos sentiríamos nosotros en su misma situación. Aunque quien esté en el potro [de tormento] sea nuestro propio hermano, en la medida en que nosotros no nos halleemos en su misma condición nuestros sentidos jamás nos informarán de la medida de su sufrimiento ... [Sin embargo,] la imaginación nos permite situarnos en su posición, concebir que padecemos los mismos tormentos, entrar por así decirlo en su propio cuerpo y llegar a ser en alguna medida una misma persona con él y formarnos así alguna idea de sus sensaciones, e incluso sentir

algo parecido, aunque con una intensidad menor.³

³Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, traducido por Carlos Rodríguez Braun (Madrid: Alianza Editorial, 1997), pp. 49-50. Con esta interpretación, la “simpatía” que describe Smith se acercaría a lo que hoy en día definimos como “empatía”. El ejemplo citado se refiere por supuesto a los sentimientos de lástima o compasión, que son quizá los casos más obvios de simpatía (o empatía): “El que sentimos pena por las penas de otros es una cuestión de hecho tan obvia que no requiere demostración alguna No se halla desprovisto totalmente [de este sentimiento] ni el mayor malhechor ni el más brutal violador de las leyes de la sociedad” (ibid.). Sin embargo, y como ya se señaló, “no son sólo las circunstancias que crean dolor o aflicción las que nos hacen compartir los sentimientos con los demás. Cualquiera sea la pasión que un objeto promueve en la persona en cuestión, ante la concepción de la situación brota una emoción análoga en el pecho de todo espectador atento” (ibid., p. 51). Cabe notar, además, que Smith concibe la simpatía como un sentimiento completamente desinteresado: “... en ningún caso cabe considerar la simpatía como un principio egoísta. Es verdad que cuando yo me identifico con su pesar o su indignación cabría decir que mi emoción se basa en el amor propio, puesto que brota porque yo asumo su caso, me pongo en su lugar y concibo así lo que yo sentiría en tales circunstancias [Sin embargo,] cuando me duelo por la muerte de su hijo único, con objeto de identificarme con su aflicción, no pienso en lo que yo mismo, ..., sufriría si tuviese un hijo y si ese hijo desgraciadamente muriese; lo que hago es considerar cuánto sufriría si yo fuese en realidad usted, y no sólo cambio con usted el contexto sino también personas y caracteres” (pp. 537-38). La simpatía, por tanto, aclara Smith, es enteramente por cuenta ajena, y en ningún caso por cuenta propia: “Un hombre puede simpatizar con una parturienta, aunque es imposible que se conciba sufriendo sus dolores en su propia persona” (ibid.).

Similitudes

Es muy fácil enfatizar las diferencias entre dos obras que, al fin y al cabo, tratan de temas diferentes. Consideremos, sin embargo, las similitudes. Tanto en los *Sentimientos morales* como en la *Riqueza*, por ejemplo, Smith anda en busca de explicaciones del orden social que minimizan el papel de la razón humana. Esto lo expresa vívidamente en la *Riqueza* cuando describe la división del trabajo, que “no es en su origen efecto de la sabiduría humana, que prevé y anticipa aquella opulencia general que de él se deriva. Es la consecuencia gradual y necesaria, aunque lenta, de una cierta propensión en la naturaleza humana ... la propensión a permutar, cambiar y negociar una cosa por otra”.⁴ Comparemos esto con el siguiente pasaje de *La teoría de los sentimientos morales*:

Con relación a todos aquellos fines que por su peculiar importancia pueden ser considerados ... como fines favoritos de la naturaleza, ella ha dotado constantemente de esta manera a las personas de un apetito no sólo por el fin que se propone sino también por los medios a través exclusivamente de los cuales ese fin puede lograrse⁵

Estos medios son deseados por sí mismos, e independientemente de los fines que tienden a promover:

Así, la conservación y propagación de la especie son los grandes fines que la naturaleza parece haberse propuesto en la formación de todos los animales. Los seres humanos están dotados de un deseo de tales objetivos y una aversión por los

⁴Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, traducido por Gabriel Franco (México: Fondo de Cultura Económica, 1958), p. 16.

⁵*Teoría de los sentimientos morales*, p. 166.

opuestos, un amor a la vida y un temor a la muerte, un deseo de continuar y perpetuar la especie y una aversión ante la idea de su total extinción. Pero, ... no se ha confiado a la lenta e incierta determinación de nuestra razón el descubrir los medios adecuados para conseguirlos. [Más bien] la naturaleza nos ha dirigido hacia la mayor parte de ellos mediante instintos originales e inmediatos. El hambre, la sed, la pasión que atrae a los sexos, el gusto por el placer, el rechazo al dolor, nos impulsan a aplicar esos medios por sí mismos, sin ninguna consideración a su tendencia a los benéficos fines que el gran Director de la naturaleza intentó realizar a través de ellos.⁶

En forma similar, tendemos a sentir mayor afecto por los jóvenes que por las personas mayores: “Con sabios propósitos, la naturaleza ha hecho que en la mayoría de las personas, y quizá en todas, la ternura paternal sea un afecto más intenso que la piedad filial. La continuidad y propagación de la especie dependen totalmente de la primera, [pero] no de la segunda”.⁷ Además, “... a los ojos de la naturaleza un niño [parecería] un objeto más importante que un anciano, y suscita una simpatía más viva y más generalizada En ocasiones normales un anciano muere sin que nadie lo sienta mucho,

⁶Ibid. Smith consideraba el amor romántico (“la pasión que atrae a los sexos”) como una cosa un tanto ridícula (pp. 90, 92). Sin embargo, no cabe duda que esta pasión es lo que asegura la preservación de la especie, por lo que no debe ser sorprendente que en este aspecto de su conducta el hombre tiende a ser no-racional.

⁷Ibid., p. 258. Smith agrega, a este respecto: “Los Mandamientos nos ordenan honrar a nuestros padres y nuestras madres. Nada se dice de amar a nuestros hijos. La naturaleza nos ha preparado suficientemente para el cumplimiento de este último deber” (ibid., p. 259).

pero es extraño que un niño muera sin que a alguien se le parta el corazón”.⁸

Por lo que respecta al interés personal, es ciertamente fantástico suponer que esta motivación está ausente de *La teoría de los sentimientos morales*. De hecho, Smith no sólo no condena la búsqueda del interés personal en esta obra, sino que de hecho lo describe como una virtud.

Justicia, prudencia y benevolencia

La moralidad “natural”, según Smith, recomienda tres virtudes cardinales: prudencia, justicia y benevolencia. La *prudencia* se define como el inteligente cuidado de la propia salud, riqueza y felicidad. En otras palabras, este concepto es sinónimo con el concepto de interés personal que figura prominentemente en *La riqueza de las naciones* como el motivo principal que dirige la conducta humana en el campo económico. Por eso es importante notar aquí que este motivo es tratado en *La teoría de los sentimientos morales*, no sólo como algo no reprochable, sino como una virtud positiva.⁹

La *justicia* es definida por Smith como una negativa escrupulosa a dañar o perjudicar a otra persona, con el objeto de adelantar el interés personal, mientras que la *benevolencia*, por otro lado, nos induce a promover positivamente la felicidad de otros. La justicia, con esta definición, es una virtud negativa: limita el campo de acción del individuo en sus relaciones sociales, pero su observancia no requiere de acciones positivas. Por otro lado, el respeto de los límites dictados por la justicia no puede ser dejado a la discreción de los individuos, sino que debe ser im-

⁸Ibid., p. 386.

⁹Ibid., pp. 371-79.

puesto por la fuerza.¹⁰ La benevolencia, en cambio, “siempre es libre, no puede ser arrancada por la fuerza”.¹¹ La justicia es una condición necesaria para la existencia de cualquier sociedad, pero no es en sí condición suficiente para una sociedad “feliz y agradable”:

... aunque entre los distintos miembros de la sociedad no haya amor y afecto recíprocos, la sociedad, aunque menos feliz y grata, no necesariamente será disuelta. La sociedad de personas distintas puede subsistir, como la de comerciantes distintos, en razón de su utilidad, sin ningún amor o afecto mutuo; y aunque en ella ninguna persona deba favor alguno o está en deuda de gratitud con nadie, la sociedad podría sostenerse a través de un mercenario intercambio de buenos oficios de acuerdo con una valuación consensuada. Pero la sociedad nunca puede subsistir entre quienes están constantemente prestos a herir y dañar a otros Si hay sociedades entre ladrones y asesinos, al menos deben abstenerse, como se dice comúnmente, de robarse y asesinarsen entre ellos.¹²

La benevolencia, por otro lado, es “el adorno que embellece el edificio, [más] no la base que lo sostiene”.¹³ Sin justicia, sin embargo, no podría sobrevivir ninguna sociedad—ni siquiera una sociedad de asesinos y ladrones—y es por esto que la observancia de sus dictados debe ser exigida por la fuerza: observar las reglas de la justicia no nos hace acreedores a premio alguno, pero la violación de estas reglas incurre un castigo.

¹⁰Ibid., pp. 171-81 (especialmente pp. 176 y 178-79).

¹¹Ibid., p. 171.

¹²Ibid., pp. 182-83.

¹³Ibid.

Benevolencia y distancia social

Independientemente de su estatus moral, en *La teoría de los sentimientos morales* se reconoce que la búsqueda del interés personal es una característica innata de la naturaleza humana (aun cuando no sea la más “noble” de las virtudes¹⁴). Es signifi-

¹⁴“La prudencia, en suma, ... aunque es apreciada como una virtud de lo más respetable y también en alguna medida afable y agradable, nunca es estimada como una de las virtudes más queridas o ennoblecedoras. Impone una cierta fría estimación, pero no parece digna de un amor o una admiración demasiado ardientes” (ibid., p. 376). Smith mismo consideraba, personalmente, que la ambición desmedida de riqueza material era un síntoma poco saludable, pero esto también era una cuestión empírica: el hecho simple es que muchas personas desean poseer cosas que en el fondo no valen la pena. No podemos dejar de citar en este contexto el siguiente magnífico pasaje: “El hijo del pobre, a quien la ira de los cielos ha vuelto ambicioso, cuando empieza a observar en torno suyo admira la condición del rico En su fantasía parece la vida de unos seres superiores, y para alcanzar esa meta se dedica para siempre a la búsqueda de la riqueza y los honores. Para acceder a las comodidades que esas cosas deparan se somete en el primer año de su empresa, es más, durante el primer mes, a mayores fatigas corporales y mayor desasosiego espiritual que los que habría sufrido en toda su vida si no las hubiese ambicionado. Estudia para poder distinguirse en alguna profesión. Con infatigable diligencia trabaja día y noche para sacar esos méritos a la luz pública y con análoga constancia solicita cualquier oportunidad de empleo. A tal efecto hace la corte a todo el mundo; sirve a quienes odia y es obsequioso con quienes desprecia. Durante toda su vida lucha por la idea de un reposo artificial y elegante que quizá nunca consiga, pero en aras del cual sacrifica una tranquilidad real que está siempre a su alcance, y si finalmente en su extrema vejez lo logra, descubrirá que desde ningún punto de

cativo, por ejemplo, que Smith empiece su discusión sobre “benevolencia” con el siguiente pasaje:

Como decían los estoicos, cada hombre debe cuidar primero y principalmente de sí mismo, y cada hombre está en este sentido mejor y más adecuadamente preparado para cuidar de sí mismo que ninguna otra persona. Cada hombre siente sus propios placeres y dolores más intensamente que los de otras personas.¹⁵

En el capítulo que empieza con este pasaje, Smith discute el papel que desempeña la benevolencia en las relaciones sociales—papel bastante modesto y limitado, por cierto. En efecto, la benevolencia es necesariamente personal, y por fuerza habrá de debilitarse a medida que aumenta la “distancia social” entre los individuos:

Después de sí mismo, los objetos naturales de sus afectos más cálidos son los miembros de su familia, los que viven normalmente en su misma casa, sus padres, sus hijos, sus hermanos y hermanas. Son natural y normalmente las personas sobre cuya felicidad o infelicidad más influencia puede ejercer su conducta. Él está más habituado a identificarse con ellos. Conoce mejor el modo en que cada cosa

vista es preferible a la modesta seguridad y contento que abandonó por él. Y entonces, en el trance postrero de su vida, ajado su cuerpo por fatigas y enfermedades, amargada y encrespada su mente por el recuerdo de mil injurias y frustraciones que imagina haber padecido por la injusticia de sus enemigos o por la perfidia e ingratitud de sus amigos, entonces es cuando comienza a caer por fin en la cuenta de que riqueza y pompa son meras baratijas de frívola utilidad, [aún menos idóneas] para procurar el alivio corporal y la paz espiritual que las cajas de tenazuelas del aficionado a las chucherías” (pp. 319-21).

¹⁵Ibid., p. 385.

puede eventualmente afectarlos y su simpatía hacia ellos es más precisa y definida de lo que puede ser con el grueso de las demás personas: se acerca más, en suma, a lo que él siente respecto a sí mismo.¹⁶

Smith considera luego la simpatía que existe cuando el parentesco es más lejano:

Los hijos de los hermanos y hermanas están naturalmente conectados por la amistad que, tras dividirse en familias diferentes, continúa viva entre sus padres [Pero] aunque son más importantes recíprocamente que con respecto a la mayoría del resto de la gente, lo son mucho menos que los hermanos y hermanas. Como su simpatía mutua es menos necesaria, también es menos habitual y por lo tanto proporcionalmente más débil.¹⁷

De esta manera, los lazos de afecto se debilitan sucesivamente a medida que la relación familiar se hace más y más distante. Existen, por supuesto, lazos de afecto y benevolencia más allá del entorno familiar:

... la necesidad o conveniencia de la mutua adaptación muy frecuentemente genera una amistad no desigual a la que se entabla entre quienes viven en el seno de la misma familia. Los colegas en el trabajo o los socios en los negocios se llaman hermanos y a menudo sienten unos por otros como si realmente lo fueran Incluso el dato insignificante de vivir en el mismo vecindario tiene algún efecto del mismo tenor.¹⁸

Al parecer, entonces, Smith consideraba que los sentimientos benevolentes son más fuertes entre miembros de la

¹⁶Ibid.

¹⁷Ibid., pp. 386-87.

¹⁸Ibid., p. 392.

misma familia, y que a medida que nos extendemos más allá de este círculo inmediato (amigos, vecinos, colegas de trabajo) la fuerza de la benevolencia se va debilitando a medida que la relación personal se hace cada vez más remota.

El cuadro que nos pinta Smith, aunque realista, no resulta del todo halagador: el ser humano, es cierto, no carece de buenos sentimientos, pero también es egoísta, vanidoso, envidioso y resentido.¹⁹ De hecho, como bien señaló el autor de un clásico comentario sobre la obra smithiana, este es el ser humano tal como lo conocemos de nuestra experiencia cotidiana.²⁰ En todo caso, estas citas aisladas ciertamente no apoyan la noción de que existe una contradicción entre los *Sentimientos morales* y la *Riqueza de las naciones* por lo que respecta a las motivaciones del individuo en sus relaciones sociales:

La benevolencia puede ser quizá el único principio activo en la Deidad, y hay bastantes argumentos, no improbables, que

¹⁹“Es tan desagradable pensar mal de nosotros mismos, que solemos apartar los ojos de aquellas particularidades que podrían torcer ese ejercicio hacia lo desfavorable. Se dice que el cirujano más audaz es aquel al que no le tiembla la mano cuando practica una operación sobre su propia persona; a menudo resulta igualmente audaz el que no titubea en correr el velo misterioso de la auto-ilusión que le impide ver las deformidades de su propia conducta Este auto-engaño, esta fatal debilidad de las personas, es la fuente de la mitad de los desórdenes de la vida humana. Si nos viésemos como nos ven los demás, o como nos verían si lo supieran todo, la enmienda sería generalmente inevitable. En caso contrario no podríamos sostener la mirada” (ibid., pp. 281-82).

²⁰R. H. Coase, “Adam Smith’s View of Man,” *Journal of Law and Economics*, 19 (3) (Oct 1976): 529-47.

tienden a persuadirnos de que es así Pero sea lo que fuere en el caso de la Deidad, una criatura tan imperfecta como el hombre, el mantenimiento de cuya existencia requiere de tantas cosas externas a él, tiene que actuar muchas veces a partir de numerosas otras motivaciones.²¹

¿En qué sentido podría decirse que la cita anterior es inconsistente con la siguiente afirmación (uno de los pasajes más citados de la *Riqueza de las naciones*)?

No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo, ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas.²²

De hecho, lejos de ser incompatibles, estos pasajes más bien se complementan, y la discusión de la benevolencia en los *Sentimientos morales* no sólo no contradice los argumentos de la *Riqueza de las naciones*, sino que los refuerza. La clave está en la dependencia mutua que resulta de la división del trabajo: “En una sociedad civilizada, [el individuo] necesita a cada instante la cooperación y asistencia de la multitud, en tanto que su vida entera apenas le basta para conquistar la amistad de contadas personas”.²³ En otras palabras, la extensa y fina especialización que se requiere para sostener un nivel de vida civilizado presupone un grado de cooperación social que simplemente no podría darse únicamente mediante el ejercicio de la benevolencia, ya que ésta actúa débilmente entre extraños: “El hombre reclama en la mayor parte de las circunstan-

²¹*Teoría de los sentimientos morales*, pp. 515-16.

²²*La riqueza de las naciones*, p. 17.

²³Ibid., pp. 16-17.

cias la ayuda de sus semejantes, y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia”.²⁴ La benevolencia es altamente personal, pero el hecho es que en una sociedad civilizada constantemente nos beneficiamos de las actividades económicas de personas que no conocemos.

En esta perspectiva, resulta que el argumento de Smith en favor del mercado libre se ve enormemente *fortalecido* por su *Teoría de los sentimientos morales*: el mercado no es únicamente un mecanismo eficiente para lograr la cooperación social en la producción de bienes y servicios, sino que de hecho *es la única forma de lograrlo*. La gran ventaja del mercado es que permite canalizar la fuerza del interés personal para *compensar* la insuficiente benevolencia que existe.

Para cerrar, citemos en este contexto un comentario muy atinado y perspicaz—y también muy “smithiano”—que hizo Dennis Robertson sobre este tema, al plantearse la pregunta: “¿Qué es lo que economizan los economistas?”²⁵ Su respuesta no fue la que usualmente se esperaríamos de un economista moderno. Según Robertson lo que los economistas economizan es nada menos que el *amor*: el recurso más valioso, y también el más escaso. Adam Smith hubiera estado totalmente de acuerdo con esta afirmación.

²⁴Ibid., p. 17.

²⁵“What Does the Economist Economize?”, en H. C. Harlan (ed.), *Readings in Economics and Politics* (Oxford University Press, 1961), pp. 733-37.